

## **SOBRE EL TROPO DE UNA DEFINICIÓN**

EDUARDO FORASTIERI-BRASCHI

A la memoria de Ramón Castilla Lázaro

No creo que los aficionados a la semántica filosófica estén dispuestos a aclarar las condiciones formales de una *metonimia* con el mismo empeño con el que incursionaron en el pasado en cuestiones de *sinonimia*, sustitutividad e identidad. Es muy larga la lista de notables que, a partir de 1943, respondieron en cadena a “Notes on Existence and Necessity” de W. O. Quine; y si fuéramos a registrar todo lo que, a propósito de Frege o de Kripke, se ha planteado sobre este mismo asunto, uno podría sospechar que las otras cuestiones de su entorno, como significado, referencia, valores veritativos, o modalidad, le son periféricos.<sup>1</sup> Por eso un traslado metonímico quebraría la pulidez de esa esfera semántica: poco importaría que Cicerón y Tulio fueran el mismo —o *Vesperus* y *Phosphorus* la misma estrella— a no ser que sobresalga algún relieve metonímico de su identidad que represente unívoca y transitivamente (*univoce et divisim*, en la tradición de Pedro Abelardo) a la otra designación. Posiblemente tengamos que acogernos a soluciones análogas a la de referencia oblicua (*ungerade*) que ya Frege había planteado, pero esto supondría que “la esencia de la identidad” recaería en el referente,<sup>2</sup> y que la sustitutividad no se daría entre los nombres del traslado metonímico, sino entre el significado de éstos y el significado (*Bedeutung*) del objeto nombrado.<sup>3</sup> *Eadem sunt*, o serían metonímicamente lo mismo —si fuéramos a parodiar la ley de Leibniz<sup>4</sup> y a divertirnos con el principio de la indiscernibilidad de los

---

<sup>1</sup> Véase Moro Simpson (1973: 121-320).

<sup>2</sup> Véase Church (1973: 140-41).

<sup>3</sup> Véase Nubiola (1991: 48-50 y 199-203).

<sup>4</sup> *Eadem sunt quorum unum potest substitui alteri salva veritate*. Dos expresiones son lo mismo si una puede ser substituida por la otra sin alterarse su verdad.



idénticos—, aunque la tradición analítica nos arrojaría de seguido en los estrechos de la cuantificación y de la descripción russelliana. Los escollos de la analiticidad y de la composicionalidad (el llamado principio de Frege) serían entonces una sinécdoque insalvable, y zozobraríamos en la opacidad referencial y en la indeterminación. No sabríamos discernir en el ahogo qué le corresponde al lenguaje y qué al conocimiento; la semántica y la epistemología quedarían atrapadas en un mar de sargazos.

Naufagaríamos, sin embargo, en el espacio de la tradición retórica; justamente: en el antiguo espacio de los *topoi* y de los predicables que, a partir de Cicerón y de Quintiliano, llegaron a confundirse con los *tropoi*, figuras y esquemas, al compartir unas mismas nomenclaturas para la lógica, la retórica, la gramática y la poética.<sup>5</sup> Por ejemplo, el tradicional desglose de una *definición* a partir del canon establecido en los *Tópicos* de Aristóteles con el que se habría de podar el árbol de Porfirio entre *genus* y *differentiae specificae* se desdobló en sinécdoque cuando el traslado del género a la especie o a la inversa, ya había sido la muestra inicial con la que el Filósofo ilustraba una metáfora en la *Poética*. La metáfora usurpaba allí todo traslado (*epiforâ*) predicable y le arrancaba al ramaje tópico de la definición el nodo inaugural entre una primera o una segunda substancia, es decir: entre el individuo singularizado y la clase a la que éste pertenece al desglosarse su definición en *genus* y *differentiae specificae*. Asimismo, el intercambio entre figuras retóricas o esquemas (los llamados *sjemata*) y los predicables (*topoi*) —herederos todos de las diez categorías de la *Metafísica*, cuando, a su vez, todos eran los predicables de alguna substancia— fueron un mercado común durante siglos hasta el Renacimiento. Siglos después, también Kant recogió algunas de estas ramas en el esquematismo trascendental con su nueva articulación de las categorías; y también, recientemente, la semántica cognitiva se ha apropiado de las antiguas figuras, como la metáfora y la metonimia,<sup>6</sup> con los llamados *image-schemas*, cuando recupera con éstos el *tropo* de una *definición*, aunque sin comprometerse con esencia alguna o con la definición de alguna substancia. Son, en cambio, espacios mentales, *Mental Spaces*, como se titula el libro de unos de sus principales exponentes: una tópica mental.<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Véase Forastieri-Braschi (1992) para un resumen.

<sup>6</sup> Véase Dirven (2003).

<sup>7</sup> Véase Fouconnier (1985).



Aristóteles, por el contrario, pautaba en la *Metafísica* que: “La definición es aquella acepción (*lógos*) cuyo nombre (*ónoma*) es un signo (*semeion*)” (1021a, 22-24). Es decir: que aunque el nombre de lo que se define es un signo, no basta nombrar. Hay que definir. Se trata, entonces, de un signo que desglosa los componentes de lo que se define, pero que un nombre sólo indicaría en bloque e indistintamente (*Física*, I, 184b, 11). La definición apunta a la esencia (*tò tí en einai semainon*) de aquel signo (*Tópicos* (I, v, 102a). A su vez, el compromiso de su acepción (*lógos*) con la substancia de lo que se define se aclara en las restricciones que, en los *Analíticos Posteriores* (II, ix, 93b – 94a) y en todos los pasajes correspondientes de los *Tópicos*, la atan a la esencia de lo definido y a la causalidad que la explica. La *definición causal* es, por ende, al mismo tiempo, una *definición esencial* en la que se entabla una relación de necesidad.<sup>8</sup> Por eso una realidad substancial jamás podría tener como *genus* de su definición a un accidente predicamental; ni cantidad, cualidad, actividad, pasividad o categorema otro alguno. De ahí que una *metonimia*, cuyo caudal se halla, justamente, en el registro categoremático, se aparta de una definición, en estricto sentido aristotélico, cuando despliega su potencial de esquemas y de figuras en todos aquellos predicables que sean capaces de estirar el alcance de su significado y de su identidad.

Tampoco una *sinonimia*, si fuéramos a interpretar al pie de la letra a Aristóteles (*Tópicos*, IV, iii, 123a 29) o a Kripke:

[The] ‘definition’, properly interpreted, does *not* say that phrase ‘one meter’ is to be *synonymous* (even when talking of counterfactual situations) with the phrase ‘the length of S at  $t_0$ ’, but rather that we have *determined the reference* of the phrase ‘one meter’ by stipulating that ‘one meter’ is to be *rigid* designator of the length which is in fact the length of S at  $t_0$  [...]. [T]his kind of ‘definition’ (which is not an abbreviative or synonymous definition [...]) is its illustration of the distinction between ‘definitions’ which fix a reference and those which give a synonym (56-57).

Una *metáfora*, por supuesto, también se aparta del intercambio mutuo y poroso entre género y especie que, si bien es sancionado en la *Poética* (1457b, 6-8), en los *Tópicos* (IV, iii, 123a, 33), sin embargo, des-

---

<sup>8</sup> No debería extrañarnos, por eso, el legado modal en planteamientos como *Existencia y necesidad* (Quine), *Significado y necesidad* (Carnap) o *Nombrar y necesidad* (Kripke) en los que se recoge la restricción semántica de la antigua acepción (*lógos*) aristotélica.



pista y contamina la definición con propiedades que no le corresponden.

Quizás el rechazo reciente más conocido de las estrecheces del método de la definición aristotélica haya sido la decidida adopción por Hans-Georg Gadamer de la metáfora como el espacio hermenéutico que abre la transitividad del significado.<sup>9</sup> Resume Paul Ricoeur:

[G]eneric kinship has not reached the level of conceptual peace and rest but remains in the war between remoteness and nearness. In that sense, we may speak with Gadamer of the fundamental metaphoricity of thought to the extent that the figure of speech that we call "metaphor" allows us a glance at the general procedure by which we produce concepts. This is because in the metaphoric process the movement toward the *genus* is arrested by the resistance of the *difference* and, as it were, intercepted by the *figure of rhetoric* (146-47).<sup>10</sup>

No obstante, todavía uno se pregunta sobre el tipo de identidad que transita (*identity statements, transworld identity*) entre los pliegues y dobleces de las figuras del lenguaje; sobre la continuidad (*continuant*) en la que se desdobra lo mismo, a pesar de las diferencias; sobre cuál sería, si alguno, el *principium individuationis*: o, si se prefiere, el de la indiscernibilidad de idénticos que la cobija en la intemperie de las figuraciones posibles que esparcen su univocidad.

Por lo pronto, me avengo a la solución de Quine al clásico ejemplo que sigue:

- (1) Giorgione=Barbarelli
- (2) Giorgione era así llamado por su tamaño.

Por lo tanto:

- (3) Barbarelli era sí llamado por su tamaño.

No obstante, Quine resolvió la falsedad de (3) con el reconocimiento de que (2) no era "puramente designativa"; es decir: que la designación no iba dirigida al referente, sino que, por carambola, remitía a éste oblicuamente (*oratio obliqua*) al estilo de la antigua *suppositio materialis*. Añadía, entonces, que "es fácil, en efecto, traducir (2) a otro enunciado que

---

<sup>9</sup> Gadamer (1982: 387-97).

<sup>10</sup> El énfasis de las cursivas es mío.



contenga dos figuraciones del nombre, una puramente designativa y la otra no".<sup>11</sup> Serían las siguientes:

(4) Giorgione era llamado 'Giorgione' por su tamaño.

La sustitución sobre la base de (1) convertiría a (4) en:

(5) Barbarelli era llamado 'Giorgione' por su tamaño.

Quine no aclara "las figuraciones del nombre" que emplea, pero se trata de una definición metonímica que estampa el afijo aumentativo italiano *-ione* al nombre de Giorgio (Giorgio da Castelfranco) = Giorgione.<sup>12</sup> En efecto, el aumentativo remite a la propiedad accidental del gran "tamaño". Lo mismo que el "*meter*" = "*the length of S at t<sub>0</sub>*" del ejemplo anterior de Kripke con el que ilustraba cómo una "propiedad accidental" de tamaño de una vara (*stick*) podría designar lo mismo (*rigid designator*) en todos los mundos posibles, también la magnitud del Giorgione se inscribe en el registro de un predicamento accidental con este ejemplo; es decir, que se define la extensión de lo que es un metro o el tamaño característico de *ese* pintor cuando se establece sustitutivamente una identidad con el accidente del tamaño en ambas designaciones. Creo que, al menos en esto, Quine y Kripke estarían de acuerdo, independientemente de que haya o no haya compromiso ontológico.

El registro de los predicamentos accidentales (*topoi, tropoi, sjemata, loci de inventione, loci arguendi, sedes argumenti*) de la tradición retórica se derivó, a partir de las glosas de Porfirio —y del comentario de Boecio— de las *Categorías*: de los nueve predicamentos aristotélicos a la categoría esencial de substancia, presidida, naturalmente, por el predicamento de la *definición* y de sus oscilaciones entre género y especie. La inversión oscilante entre ambas — *genus/species* lo mismo que *pars/totum*—, a su vez, se confundiría en el tiempo con los tropos de la sinécdoque y de la metonimia, y, como es evidente: el tropo contaminó las esencias de la definición aristotélica con accidentes. De hecho, el registro de los predicamentos accidentales y de sus extensiones retóricas fue, asimismo, el caudal de donde se derivaron las versiones y las inversiones de la metonimia. Derrida, por ejemplo, ha destacado el pasaje de la *Metafísica* (E2, 1026, a33 - b2) en el que el mismo Filósofo introduce

<sup>11</sup> Quine (1973:123).

<sup>12</sup> Sin embargo, todavía no he podido verificar si, de hecho, Giorgio da Castelfranco fue el mismo Barbarelli nombrado por Quine.



las diez categorías como figuraciones (*ta sjemata tes kategorias*) y otros giros afines (*ton tropon tauton*). Añade Derrida:

The categories are the figures (*sjemata*) according to which the “simple term” being is said in that it is said in several ways [*pollakos legetai*] through several *tropes*. The system of the categories is the system of being’s *turns of phrase*. It brings the problematic of the analogy of Being, its equivocalness or unequivocalness, into communication with the problematic of the metaphor in general (183-84).<sup>13</sup>

En efecto, la propiedad accidental del metro de Kripke y el aumentativo del Giorgione de Quine pertenecen al registro predicamental de las categorías de *cantidad* (*posótes*) y de *relación* (*prós ti*) aristotélicas para una magnitud que es metonímica por antonomasia cuando se desplaza algún nombre con el relieve de esa figuración. A su vez, ésta se incrementa sobre otro desplazamiento nominal, como el del Webster o el del Nebrija; el del Velázquez o el del Tiziano. La propiedad accidental del tamaño que motiva esta figuración del Giorgione también designa algunos de los cuadros de Giorgione que están en el Louvre o en el Uffizi; todos metonímicos por antonomasia: los cuadros y los museos. Cuando en un restaurante, por ejemplo, se señala que “La *paella* ordenó un *Chardonnay*, y el *Chautebriand* quiere que lo acompañe un *Beaujolais*”, se entiende que se trata de los clientes o de las mesas —a su vez también metonímicas— del restaurante en las que ordenaron esos platos y esos vinos.

Fue el mismo Aristóteles quien inauguró las contaminaciones de la definición. El primer ejemplo con el que ilustró el traslado (*epiforá*) entre nombres para ilustrar el traslado nominal de la metáfora fue, justamente, un desprendimiento de la *definición*. Además de la convertibilidad entre género y especie, o a la inversa, o bien entre parte y todo, o a la inversa, los categoremas de cualidad, cantidad, lugar, tiempo, actividad, estado, etcétera, también permitirán decir *techo* por casa, beber *copas* en lugar de vino, anticipar la *cansada* vejez o la *rígida* muerte, y escribir con *plumas* que no les fueron arrancadas a ave alguna. Al saborear un *roquefort* degustamos queso, no el *lugar* de su origen. “Una gran *venta*” puede designar un evento comercial de gran magnitud asentado en los categoremas de *cantidad*, *relación* y *tiempo*; o bien la magnitud de un predicamento de *lugar* que, a su vez, también se deriva del categorema

---

<sup>13</sup> El énfasis es mío.



de la *actividad* de *vender*. El Diccionario suele definir esta nominalización (*venta*) como: “acción y efecto de *vender*”. Son todos predicamentos y acepciones metonímicas.<sup>14</sup>

El traslado del categorema de *actividad* (*poiein*) expresado en verbos, y su nominalización metonímica, fue advertido por Bréal a manera de la coagulación (*épaississement*) de una acción. Por ejemplo: “[En francés] la palabra *addition* designa propiamente la acción de añadir o sumar; pero también puede designar un objeto concreto; la nota de gastos o factura que debemos pagar en un restaurante”.<sup>15</sup> También Umberto Eco explica el traslado del categorema de *actividad* a una nominalización metonímica a manera de una “encyclopedic representation” ajustada magistralmente a los modelos de la semántica estructural (sememas); de la actancialidad de Tesnière y de Greimas; del “Case Grammar” (“Thematic Roles”); de las propiedades particularizantes o generalizantes propuesto por el grupo de la Universidad de Lieja (Grupo  $\mu$ ); y de las cuatro causas clásicas aristotélicas (eficiente, formal, material, final). Resume Eco:

How can an Agent, an Object, or an Instrument, in fact, be found for such expressions as /house/, /sea/, /tree/? One possible suggestion would be to understand all substantives as *reified* verbs or actions [...]. But there is one type of representation [...] which permits seeing the object expressed by the substantive as the result of a productive action entailing an agent or Cause, a Material to be manipulated, a Form to be imposed, and a Goal or Purpose to direct the object toward (115).

Algunas de estas tempranas sugerencias de Eco se asemejan a los *image-schemas* que han sido ya, por varias décadas, estandarizados por la semántica cognitiva; sobre todo por Mark Johnson y George Lakoff, aunque sin el componente fundamental de que se trata de una *reificación* verbal; de una nominalización: acción y efecto, como canoniza el Diccionario; de un *épaississement* de éstas dos últimas: acción y efecto.

Si bien los predicables (*topoi, tropoi, sjemata, loci de inventione, loci arguendi, sedes argumenti*) de causa y efecto, lo mismo que antecedente y consecuente, son menú esencial en todos los tratados de la tradición retórica, en todos ellos se advierte la influencia implícita de las *Ca-*

<sup>14</sup> El registro de predicamentos, accidentes, atributos y propiedades, que constelan la definición suscitan la distinción entre *diccionario* y *enciclopedia*, inaugurada hace años, entre otros, por Umberto Eco.

<sup>15</sup> Ullman (1974: 388).



tegorías. Categoremas como *substancia* (y su *definición*), y aquéllos que se expresan en la desinencia verbal del infinitivo griego como *disposición* (*keisthai*), *estado* (*ejein*), *actividad* (*poiein*) o *pasividad* (*pásjein*) también sustentan el legado categoremático. Las acotaciones filológicas de Benveniste sobre este asunto son muy esclarecedoras, si bien el mismo Aristóteles ya nos daba la pista en los *Analíticos Posteriores* (II, 10, 93b, 29 – 94a, 14) cuando glosaba los tres tipos de definición:

- i) la acepción (*lógos*) del significado de un nombre o su denominación equivalente (*lógos tou tí semáinei tò ónoma e lógos héteros onomatódes*);
- ii) una demostración evidente del *por qué* es (*lógos o delon dià tí éstin*);
- iii) la suposición indemostrable de la esencia inmediata de algo, como la de una unidad numérica.

Sobre (i) el Filósofo glosa que se trata de la conclusión de un silogismo que demuestra una esencia, mientras que en (ii) se plantea esa misma inferencia, aunque expresada entonces en una forma gramaticalmente distinta (*te thései diaféron*); ejemplarmente: a manera de una constatación de la *actividad* que se define mientras se ejecuta en su forma verbal. Sugiero, por eso, de conformidad con las aclaraciones de Benveniste sobre las definiciones verbales de las categorías de *disposición* (*keisthai*), *estado* (*ejein*), *actividad* (*poiein*) o *pasividad* (*pásjein*), que también esta modalidad verbal de la definición (ii) ilustra la *actividad*, la causa y el efecto, de lo que se demuestra. Esta modalidad anticipa de alguna manera la *actividad* del “juego de lenguaje” que el último Wittgenstein destacaba como una “forma de vida”, y que tanta consecuencia ha tenido en la filosofía del lenguaje con la teoría sobre los “actos de habla” (“speech acts”) desde que Austin confrontó la tradición analítica.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> El desarrollo del “ordinary language Philosophy” y de la teoría de actos del habla (*speech act*) podría resumirse en esta escueta definición inaugural: “The term *language-game* is meant to bring to prominence the fact that the *speaking* of language is part of an activity, or a form of life” (Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, trad. G. E. M. Anscombe, New York: Macmillan, 1962: 11). La *actividad* es el predicamento realizativo —*performativo*— que subordina las reglas del juego del significado y de sus resultados en un contexto de comunicación.



Benveniste, a su vez, aclara que los seis primeros categoremas, encabezados por el de la substancia, remiten a formas nominales, y que los últimos cuatro representan un conjunto verbal que debe interpretarse como las maneras del ser predicamental de algo expresado en los distintos modos verbales del griego (activo, perfecto, medio, pasivo). No obstante, todas éstas también vienen presididas metonímicamente por la *nominalización* de un verbo:

Mas allá de los términos aristotélicos —añade—, por encima de esta categorización, se despliega la noción de “ser” que envuelve todo. Sin ser un predicado él mismo, el “ser” es la condición de todos los predicados. Todas las variedades de “ser-tal”, del “estado”, todas las visiones posibles del “tiempo”, etc., dependen de la noción de “ser”. Ahora bien, también aquí es una propiedad lingüística muy específica la que este concepto refleja. El griego no solamente posee un verbo “ser” (lo cual no es de ningún modo una necesidad en toda lengua), sino que ha hecho de este verbo usos harto singulares. Lo mudó en función lógica, la de cópula [...]. Por añadidura, “ser” puede tomarse, gracias al artículo, una noción nominal [...]; su participio presente, sustantivado él mismo y en varias especies (*tò ón, oi óntes, tà ónta*); puede servir de predicado a sí mismo, como en la locución *tò tí en einai* que designa la esencia conceptual de una cosa [...]. Todo lo que aspiramos a mostrar aquí es que la estructura lingüística del griego predisponía la noción de “ser” a una vocación filosófica (70-73).

Derrida ha comentado puntualmente este clásico ensayo de Benveniste, y, entre las aporías deconstructivas que infiere del mismo, destaca la mención de que algunas lenguas, como el ewe hablado en Togo, carece del verbo “ser”, ya que en éste su elisión léxica, lo mismo que otras lenguas, “se reparte entre varios verbos”<sup>17</sup>. Esta ausencia léxica no cancela la función gramatical de la cópula (*copula propositionis*) que, sin embargo, se da universalmente en todas las lenguas. Se trata, por eso, de un “suplemento de cópula” en su pura forma gramatical —y que en la lingüística estructural correspondería al arquetipo ideal del paradigma verbal del sistema—; de un suplemento de predicado en la forma de una *nominalización* implícita; de una frase nominal, a saber: la tercera persona singular de indicativo del verbo ser; del *es*, que es, arquetípicamente, borrado, como condición y función gramatical para cualquier otro verbo que le sustituya en toda lengua. En la lingüística estructural este fenómeno alcanza todos los niveles del lenguaje, y se llama *neutralización*. Remite,

---

<sup>17</sup> Benveniste (1971: 71).



además, a la noción del *paradigma* en el que se sostiene el sistema, y cuya condición fundamental es la *ausencia*. Suele definirse como *praesentia in absentia*. Apuntaba, por eso, Benveniste, que la cópula gramatical siempre se da por implicación en toda lengua; y su ausencia léxica —comenta entonces Derrida— solamente se suple por una ausencia que no es más que eso: una ausencia; la pura función gramatical del verbo “ser”; un espacio en blanco o un trazo de ausencia. La ausencia de “ser”, la ausencia de un único lexema, es la ausencia misma.<sup>18</sup>

No quisiera extenderme mucho en los corolarios que podríamos derivar de los comentarios ontológicos de Derrida al ensayo lingüístico de Benveniste; por ejemplo: la posibilidad de que la predicación trascendental clásica del “ser” también podría darse por metonimia y univocidad, sin que el “suplemento de cópula” deba suponerse en el vacío —la nada— de un “es” puramente funcional, o de un infinitivo griego sustantivado y predicado analógicamente (*analogia entis*) como la metáfora de una desproporción entre la unidad y la pluriferencialidad de ese predicado. Por otra parte, la ausencia, y la categoría modificativa de la elisión (*éndeia, detractio*), son condición para todo traslado de un nombre, como la sinonimia, y para todo tropo, como la metonimia, cuando éstas, a su vez, también son giros sustitutivos (*enallagé, per immutationem*) que tienen como condición que se borre el supuesto cuya identidad permanece, no obstante, la misma. Es decir, que la elisión es una suposición sobre la que se levanta todo predicado; la del su-jeto, su-puesto, *suppositum*, sub-stancia: *hupo-koimenon* que, al borrarse, abre todas las transformaciones del lenguaje que esa ausencia permite. Posiblemente, una predicación trascendental de este tipo se de al estilo de Duns Escoto: unívocamente y por individuación. Habría argumento para distintos predicables, como definición, causa y efecto, con tal que se mantengan los idénticos, *salva veritate*, y que la *ausencia* sea su condición de posibilidad.

El categorema de la *actividad* expresada en el infinitivo verbal señalado por Benveniste, como la de cualquier otro verbo en cualquier otro modo verbal, supondría la definición del tipo (ii) que señalaba Aristóteles en la *Analíticos Posteriores*, a saber: que el *por qué* de su modo de *ser* (*lógos o delon dià tí éstin*) se evidencia en la misma *actividad* que apunta a sí misma por reflexividad; porque es idéntica a sí misma. De nuevo, ya Aristóteles nos daba la pista en la *Metafísica* ( $\Delta$ ,

<sup>18</sup> Derrida (1982: 201).



1017a, 26-30) con el ejemplo de la *actividad* de *caminar*, y con el supuesto de que todo verbo entraña el verbo “ser”. El ejemplo ilustra un pasaje en el que se afirma cómo las diez categorías predicán lo que es (*tí esti*) y cómo todas ellas significan su nominalización (*tò einai semáinei*). No hay diferencia alguna entre el sintagma del participio *nominal* del griego *badíxon esti* (está caminando; es un caminante) y el sintagma en indicativo *badízei* (camina). A pesar de la variación gramatical, ambas formas significan el mismo categorema de *actividad*, y ambas expresiones entrañan el mismo paradigma universal —elidido— del verbo “ser”; es decir: la verbalidad pura de la *copula*; la pura gramaticalidad de todo categorema de *actividad*.

En los *Tópicos* (IV, vi, 128a, 33-35), justamente en la sección en la que se ilustra la *definición* y las distinciones entre género y las diferencias en el que éste se desglosa, Aristóteles volvía al ejemplo de que “si lo que camina se mueve al caminar (*ei tò badíxon to badízein kineitai*), entonces el caminante [el caminar] (*bádesis*) es un tipo de movimiento (*kínesis*)”. Por eso, sabidas todas las implicaciones metafísicas que el tema del movimiento *vis-à-vis* la permanencia de una realidad substancial entrañan para el aristotelismo, podríamos inferir que todo este razonamiento, a su vez, también entraña las suposiciones ontológicas elididas de la *actividad* de las formas verbales del “caminar”; de su nominalización (*bádesis*); y de sus referencias implícitas al verbo y a la nominalización metonímica del *tò einai*; es decir: que de fondo a las figuras de todos los verbos de movimiento tendríamos que suponer la implicación metafísica de aquella elisión fundamental. Me sospecho que éstas son las mismas calladas premisas con las que San Agustín adujo el mismo ejemplo en sus disquisiciones semióticas del *De magistro* (III, 6) cuando planteó la diferencia entre la definición de caminar (*quid sit ambulare*) y la de avanzar (*aliud festinare*). Remitió, entonces, a una definición demostrativa del tipo (ii) (*Analíticos Posteriores* II, 94a, 12-14) en la que actividad misma del caminar o del avanzar desplazaría la definición lingüística (*id agendo*). Las formas gramaticales de la demostración serían las del participio presente —y su nominalización metonímica— y las del gerundio realizativo —o *performativo*, si se prefiere—, en las que la actividad misma es el predicamento y el tropo de su definición.

Expresa, a este propósito, un hermoso verso de Antonio Machado que ha motivado todo mi *excursus* hasta ahora, y todo este repaso, bajo el título de “Esto soñé”:



*Que el caminante es suma del camino[...].*

[Y] un hombre vi que en la desnuda mano  
mostraba al mundo el ascua de la vida,  
sin cenizas el fuego heraclitano.

*Que el caminante* [sea] *suma del camino* también es *suma* de una metáfora que atraviesa toda la poesía machadiana. La metáfora itinerante del *homo viator*, a su vez, también atraviesa las tradiciones literarias (Dante, Berceo, Gracián, Bunyam, y tantos otros). Asimismo, la metáfora *Life is a Journey* y *Love is a Journey* se ha constituido en unos de los ejemplos predilectos con los que George Lakoff ilustra las figuraciones mentales de un *image-schema* caracterizado, entre otras marcas, por la actividad en movimiento y por la orientación hacia alguna meta.<sup>19</sup>

Son muy conocidos los proverbios machadianos:

Caminante, son tus huellas  
el camino, y nada más;  
caminante, no hay camino,  
se hace camino al andar.

El poeta vuelve a definir la *actividad* del caminante como “estelas en la mar” cuando se reitera más adelante la negación de que “no hay camino” porque:

Todo pasa y todo queda,  
pero lo nuestro es pasar,  
pasar haciendo caminos,  
caminos sobre la mar.<sup>20</sup>

El *fondo* desde el que se traza el traslado metafórico machadiano de la *figura* del camino es la temporalidad. *Fondo* y *figura*, tiempo y camino, satisfacen las condición metafórica según la cual los llamados *source domain* y *target domain*, —también conocidos como *frame* y *focus*, *tenor*

<sup>19</sup> Véase Lakoff y Turner (1989), y Lakoff (1993).

<sup>20</sup> Otros versos, como el que se inicia “Yo voy soñando caminos / de la tarde [...]”, o el que comienza “Sobre la tierra amarga / caminos tiene el sueño / laberínticos [...]” instalan la metáfora del camino en la opacidad referencial del sueño; en el “espacio mental” del perentético “soñar”.



y *vehicle*, etcétera—, salvan la asimetría que los distancia con el constructo de la *figura*, que es su signo. De conformidad con la semántica cognitiva, la metáfora podría remitir a eventos, situaciones y objetos reales, aunque el abismo asimétrico entre los dominios semánticos de su traslado agrieta más aún la distancia ontológica entre el *lenguaje* y el *mundo*, que sólo una analogía salva. El esquematismo metafórico de su constructo fija su sede en la mente, sin otra pretensión semántica que no sea la del reconocimiento de que los esquemas metafóricos del *lenguaje* se dan mediante la encarnación de la mente entre unos confines limítrofes de *mundo*. La *figura* es un concepto; sin pretensiones ontológicas o referenciales, solamente es la imagen de un espacio mental. No hay lugar aquí para aproximaciones de *definición* o de indiscernibilidad entre *idénticos* que no sea la proporción misma de la asimetría de su traslado; es decir: la de su analogía; con la que también se refuerza el abismo insalvable de su separación, a pesar de su semejanza: la semejanza es el signo de su separación; no de su unidad.

Definitivamente, una medida de temporalidad, como la *suma* del *camminante*, no es la de un *camino*, aunque se le parezca. En el *camino* hay hitos conmensurables a los metros y a las horas de su trayectoria. Por otra parte, aunque el devenir temporal y el caminar compartan los mismos categoremas de *actividad* y de *tiempo*, no sería la metáfora la que los aproxime, sino alguna contigüidad metonímica que acarree a los verbos con alguna nominalización del *caminar*, como la del *camminante*; al menos en estos versos de Machado. La actividad gramatical del participio presente se constituye en *actante* y en metonimia del verbo: *el que camina ES el camminante*; lleva consigo, no sólo la actividad en verbo presente, sino que el actante epitomiza todos los tiempos verbales. El que *camminaba*, *camminó*, *camminará*, y el que está *camminando*, es el mismo *camminante*. Se trata, además, de la llamada *isotopía clasemática* que define el espacio de su coherencia a partir de la actividad del actante. En la semántica estructural greimasiana, por ejemplo, los clasemas *causante* y *proceso* (actividad) asientan en la llamada *estructura actancial* todos sus predicamentos: se trata del esquema matriz que fundamenta las estructuras del significado.<sup>21</sup>

También la semántica cognitiva destaca los fundamentos de la *actividad*, cuando, por ejemplo, instala la afijación de *-er* nominal (*walk-er*, *teach-er*) en el llamado *action schema* metonímico en el que no es solo

<sup>21</sup> Greimas (1966: 124-132).



el actante (*semantic role*) del *agente* el que encauza los traslados, sino que éste se combina con los de tiempo, lugar, etcétera.<sup>22</sup>

Si el participio verbal *caminante* sustituye toda la actividad de todos los tiempos verbales, entonces satisface, metonímicamente, las condiciones de reflexividad, de simetría y de transitividad, que son las propiedades que garantizan toda identidad sustituible. No obstante, si *el caminante ES suma del camino*, cuando por *suma* se entiende la medida que integra el conjunto de sus sucedáneos verbales y de toda la actividad que el tropo de esa nueva definición recoge, entonces *suma del camino* sólo satisface una condición no-simétrica, ya que la *suma* no es simétrica ni asimétrica respecto al *camino*. Se trata, en este contexto no-simétrico, de la *metáfora* de una medida —como los kilómetros, millas, leguas, días, horas— con la que se calculan *metonímicamente* los diferenciales que integran *la suma de una actividad temporal como si fuera un camino*.

Tenemos, entonces, que:

(6) El que camina ES el caminante.

(7) El caminante ES suma del camino.

Sin embargo, las metáforas de la *suma* y del *camino* (7) se dan dentro de una metonimia (6), ya que ésta fue la que abrió el espacio del traslado y el tropo de la definición. Recordamos, a propósito de (7), el ejemplo clásico de Bréal —citado anteriormente— sobre la nominalización metonímica de que, en francés, “la palabra *addition* designa propiamente la acción de añadir o sumar; pero también puede designar un objeto concreto; la nota de gastos o factura que debemos pagar en un restaurante”.<sup>23</sup> Toda cuenta, factura o suma, además de ilustrar la “acción y efecto” del canon del Diccionario, refuerza el espacio metonímico de la *suma* (*source domain*) que se proyecta —en nuestro caso— a la metáfora del *camino* (*target domain*). La *suma del camino* es la figura compleja de un tropo que es, al mismo tiempo, el tropo complejo de una figura. Encaramos, así, el traslado complejo de una contigüidad expresiva, como las que ha planteado William Croft:

[M]etonymy, unlike metaphor, involves only one conceptual domain. A metonymic mapping occurs within a single domain, not across domains. However, as we have seen above [*suma del camino*], a concept is profiled against

<sup>22</sup> Véase Panther y Thornburg (2003: 279-319).

<sup>23</sup> Ullman (1974: 384-89).



an often very complex domain structure or matrix, even if there is only one abstract domain at the base [...]. In metonymy [...] the mapping occurs only within a domain matrix. However, it is possible for metonymy, as well as for other lexical ambiguities, to occur across domains within a domain matrix (231).

Me sospecho que éste último es el caso del marco (*domain matrix*) en el que tenemos que instalar al *caminante*, a la *suma* y al *camino*. Es decir que:

( $\alpha$ ) al marco de la metáfora machadiana de la temporalidad del caminar y del *camino*, se le integran (*across domains*)

( $\beta$ ) la metonimia del *caminante*,

( $\gamma$ ) la metonimia del integral de la *suma* que, a su vez, proyecta sus derivadas y diferenciales (*across domains within a domain matrix*)

( $\delta$ ) a la metáfora de la *suma* del *caminante* como si la suma de éste fuera la de un *camino*.

Como dije al principio, aclarar las condiciones formales de estos traslados es un riesgo, entre otras razones, además de las ya señaladas, por las mismas que adujo Aristóteles sobre el cruce entre las propiedades esenciales de una definición con las propiedades accidentales de los otros predicamentos —como los metonímicos y los metafóricos— que se apartan de la esencia de lo que algo es. Quisiera arriesgar, no obstante, el postulado machadiano (“Caminante, no hay camino, / se hace camino al andar”) de relieve al categorema aristotélico de *actividad* con sus ejemplos del *bádesis* nominalizado en metonimia (de el *caminar-caminante*) que daba lugar a los predicamentos de la univocidad con la que Aristóteles ejemplificaba la definición: “[Si] lo que camina se mueve al caminar (*ei tò badízon to badízein kineitai*), entonces el caminante [el caminar] (*bádesis*) es un tipo de movimiento (*kínesis*)”. Recordemos, además, su definición del tiempo en la *Física* (IV, 217 b) en la que establece que éste no es más que la medida del cambio y del movimiento. Entonces:

(8) El caminante es *suma del caminar (bádesis)*.



No obstante, todavía podríamos reafirmar la metáfora del *camino* en proporción a la medida de su extensión, y negar que el *caminante* sea la *suma* integral de las derivadas de su trayectoria:

(9) El *camino* es la *suma*.

Aun así, y de conformidad con el postulado machadiano (“Caminante, no hay camino, / se hace camino al andar”), es preferible descartar (9) y adoptar la *actividad* metonímica de (8) en la que se sostienen (6) y (7). La *suma*, como metonimia, integra el categorema de la *actividad* del *caminante* que, a su vez, ya integraba todas las formas verbales recogidas en el participio, al estilo de la definición demostrativa del tipo (ii) (*Analíticos Posteriores* II, 94a, 12 - 14) en la que misma actividad es la evidencia que se demuestra a sí misma por reflexividad. El *caminar* (*bádesis*) y el *caminante* definen y son su *misma actividad*. La expresión formal de esa propiedad *reflexiva* debería conformar con el siguiente postulado:

(A) ‘P’ es reflexiva = df  $(\beta) ((E\gamma) P\beta\gamma \vee P\gamma\beta) \supset P\beta\beta$ .<sup>24</sup>

La actividad del participio es idéntica a sí misma. Sin embargo, la metonimia también es no-simétrica (*across domains within a domain matrix*), porque, aunque aceptemos el traslado de que la *suma del camino* es el *caminante*, éste —el *caminante*— podría también no ser la *suma* a la que sólo la metonimia del participio presente ([6] y [7]) le dio acceso. Es decir: que la relación entre la *suma* y el *caminante* (en el orden de una relación parcial del tipo *suma*  $\leq$  *caminante*) no es ni simétrica ni asimétrica, puesto que su única relación posible es la no-simetría a la que sólo la metonimia de la “acción y efecto” del caminar le dieron acceso. La expresión formal de esa propiedad *no-simétrica* debería conformar con el siguiente postulado:

(B) ‘P’ es no-simétrica = df  $\sim (\beta) (\gamma) (P\beta\gamma \supset P\gamma\beta)$ .

---

<sup>24</sup> Empleo la cuantificación y el uso de las variables griegas ( $\alpha, \beta, \gamma, \delta$ ) en el sentido de Kaplan (1973: 248-49) para éstas denotarse a sí mismas sobre expresiones complejas en las que opera el principio de composicionalidad —principio de Frege. Es decir, que “cada expresión que figura en tal contexto denota su propio significado. La cuantificación desde afuera en tales contextos está permitida, pero se limita, por supuesto, a la cuantificación sobre significados (*but restricted of course to quantification over meanings*)” (Kaplan, 1973:250).



Finalmente, la relación es transitiva a partir del marco (*domain matrix*) de la metáfora en el que se instaló la metonimia del *caminante*, y desde el que se proyecta la metonimia de la *suma* del *caminante* que, a su vez, también permitió un traslado de regreso hacia la metáfora de la *suma* del *caminante* como si éste fuera la *suma del camino*. Es decir, se trata de los traslados ( $\alpha$ ), ( $\beta$ ), ( $\gamma$ ), ( $\delta$ ) señalados arriba. Su trazo final es la circularidad ( $\alpha$ )  $\Leftrightarrow$  ( $\delta$ ) de la metáfora del *camino* que, en la poesía machadiana, se circunscribe, a su vez, a un marco de temporalidad transeúnte. La transitividad es una propiedad característica de esta metáfora machadiana cuando expresa los componentes de sentido de la *temporalidad* de la *actividad* del caminar. La expresión formal de esa propiedad *transitiva* debería conformar con el siguiente postulado:

$$(C) \text{ 'P' es transitiva} = \text{df } (\beta) (\gamma) (\delta) (P\beta\gamma \ \& \ P\gamma\delta \supset P\beta\delta).$$

El traslado metonímico de (7) y (8), ( $\beta$ ) y ( $\gamma$ ) que, a su vez, permitió el último traslado ( $\delta$ ) —y su instalación metafórica de regreso al marco ( $\alpha$ )— se dio de conformidad con el principio de equivalencia de la semántica estructural, según el cual su estructura clasemática alcanza a todos sus componentes de sentido (la *actividad* —*actante*—, la *temporalidad*, el *espacio*, la *relación*). En la semántica lingüística, el clasema —o la *isotopía*—, corresponde, *grosso modo*, al llamado *sortal concept* (*sortally concordant*) con el que David Wiggins, abordó planteamientos afines con el sugestivo título de *Sameness and Substance* desde una perspectiva filosófica.<sup>25</sup>

El clasema (*sortal concept*) de la temporalidad del caminar y del *camino* es el marco metafórico ( $\alpha$ ) que albergó, desde un principio, el tropo de esta definición metonímica:

$$(D) \text{ 'P' es un tropo} = \text{df } (\alpha) ((E\beta) (E\delta) P\beta \vee P\delta \supset P\beta =_{\alpha} P\delta).$$

La *función compositiva* del clasema ( $=_{\alpha}$ ) entre los componentes de sentido de estas expresiones complejas viene reforzada por el principio semántico de composicionalidad (el llamado principio de Frege) que Putnam adujo a propósito de las sinonimias; a saber, que: “el sentido de una oración es una función del sentido de sus partes”,<sup>26</sup> o dicho de otra

<sup>25</sup> Wiggins (1980: 77-101).

<sup>26</sup> Putnam (1973: 165).



forma: que el significado de una expresión compleja —metonimia y/o metáfora— es una función de los significados de las expresiones componentes; es decir: la *actividad* —*actante*—, la *temporalidad*, el *espacio*, la *relación*.<sup>27</sup>

A no ser que supongamos que todo *camino* entraña la *suma* transeúnte de algún caminar que haya borrado sus huellas (“Caminante, son tus huellas / el camino, y nada más”), no podríamos avalar la negación machadiana: “Caminante, no hay camino /, se hace camino al andar”. Tendríamos que suponer la elisión concomitante del *camino* con la del predicamento de su *actividad*, al estilo de Aristóteles, para que sólo sea su trazo de ausencia lo que los define; es decir: al estilo de la elisión y de la suposición ontológica del *tò einai*. Entonces el *camino* no sería una metáfora del *tiempo*, sino una metonimia para la *actividad* realizativa —*performativa*— que lo define, y el trazo transitivo de su *paradigma* implicado (*praesentia in absentia*) en todos los predicados de su univocidad.

*Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras*

## BIBLIOGRAFÍA

- Agustín, San, “De Magistro”, en *Oeuvres de San Agustin*, VI, Bruges: Desclée-De Brouwer, 1941, 14-121.
- Aristóteles, *Aristotle in Twenty-Three Volumes*, Cambridge: Harvard University Press, 1960-1970.
- Benveniste, E., *Problemas de lingüística general*, I, trad., Juan Almela, México: Siglo XXI, 1971, 63-7
- Church, A., “Acerca del artículo de Quine ‘Notas sobre existencia y necesidad’”, en Tomás Moro Simpson, ed., *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, 139-52.
- Croft, W., “The Role of Domains in the Interpretation of Metaphors and Metonymies”, en Bert Peters. ed. *The Lexicon-Encyclopedia Interface*, Amsterdam: Elsevier, 2000, 219-56.

---

<sup>27</sup> La instalación conceptual de una metáfora a manera de clasema ( $=_{\alpha}$ ) parece derrotar toda aspiración metonímica por univocidad, ya que es sólo en la proporción del espacio mental de la analogía entre el *tiempo* y el *camino* que cupo el *caminante: suma del camino*.



- Derrida, J., *Margins of Philosophy*, trad. Alan Bass, Chicago: Chicago University Press, 1982, 175-20
- René Dirven y Ralf Pörings, eds., *Metaphor and Metonymy in Comparison and Contrast*, Berlín: Mouton-DeGruyter, 2003.
- Eco, U., *Semiotics and the Philosophy of Language*, Bloomington: Indiana University Press, 1984, 87-129.
- Forastieri-Braschi, E., "Etsi Petrus taceret, res ipsa loquetur: sobre ramismo y conceptismo", *La Torre* 6 . 24 (1992): 461-75.
- Fouconnier, G., *Mental Spaces*, Cambridge, MIT Press, 1985.
- Gadamer, H-G., *Truth and Method*, trads. Garrtet Barden y John Cumming: New York: Crossroad, 1982.
- Greimas, A. J., *Semántica estructural*, trad. Alfredo de la Fuente, Madrid: Gredos, 1966.
- Kaplan, D., "Cuantificación, creencia y modalidad", en Tomás Moro Simpson, ed., *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, 239-81.
- Kripke, S. A., *Naming and Necessity*, Cambridge: Harvard University Press, 1972.
- Lakoff, G., "The Contemporary Theory of Metaphor", en Andrew Ortony, ed., *Metaphor and Thought*, 2da. ed., Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- Lakoff G. y M. Turner, *More than Cool Reason: a Field Guide to Poetic Metaphor*, Chicago: Chicago University Press, 1989.
- Machado, A. *Obras. Poesía y prosa*, ed., Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre, Buenos Aires, Losada, 1964.
- Tomás Moro Simpson, ed., *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- Nubiola, Jaime, *El compromiso esencialista de la lógica modal*, Pamplona: Editorial de la Universidad de Navarra, 1991.
- Panther, K-U. y Linda Thonburgh, "The Roles of Metaphor and Metonymy in English -er nominals", en René Dirven y Ralf Pörings, eds., *Metaphor and Metonymy in Comparison and Contrast*, Berlín: Mouton-DeGruyter, 2003, 279-319.
- Putnam, H., "La sinonimia y el análisis de las oraciones de creencia", en Tomás Moro Simpson, ed., *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, 163-70.
- Ricoeur, P. "The Metaphorical Process as Cognition, Imagination and Feeling", en Sheldon Sacks, ed., *On Metaphor*, Chicago, Chicago University Press, 1979, 141-57.
- Quine, W. V. O., "Notas sobre existencia y necesidad", en Tomás Moro Simpson, ed., *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, 121-38.
- Ullman, S., *Introducción a la semántica francesa*, trad. Eugenio de Bustos Tovar, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1974.
- Wiggins, D., *Sameness and Substance*, Oxford: Basil Blackwell, 1980.